

insurrección después de que el Tribunal Electoral Federal no ha definido al ganador y los panistas no dejan pasar un día sin hacer campaña en su contra tildándolo de provocador, enfermo de poder y agitador. Irremediablemente esto puede afectar la posición electoral del PRD en las elecciones intermedias de 2009 y acabar con su capital político que implica tener más de la tercera parte de los votos. No cabe duda de que México requiere lecciones de cómo negociar en situaciones de crisis electoral, cuando los márgenes de las victorias son estrechos, porque si se quiere seguir por la senda de la democracia, los políticos tienen que aprender a negociar y a co-gobernar.

Quizá la clave está en la posibilidad de formar coaliciones de gobierno, como fue el caso de CDU y SPD en Alemania. Pese a que estas dos fuerzas políticas representan posiciones ideológicas opuestas, pudieron hacer una agenda común de co-gobierno en asuntos temáticos clave para el futuro inmediato de Alemania. En muchos sentidos, estos acuerdos atenúan los costos de la derrota electoral y acotan las posibilidades del triunfador. En cambio, en México, el PRD, al parecer pierde todo y no hay garantías institucionales de que desde el poder se incluya su agenda partidista. En estos términos el ganador se lo lleva todo y además asegura en buena medida su continuidad; y el perdedor se queda solo igual que sus votantes.

*Lucero Ramírez León. Aspirante al grado de doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Salamanca, España, con la tesis “La especialización de los legisladores: alternativa latinoamericana para fortalecer el control parlamentario sobre el gobierno. Contribuciones al estudio de la profesionalización de las carreras parlamentarias”. En el primer semestre de 2006 realizó una estancia de investigación en el GIGA Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo, Alemania.*

**Günther Maihold**

## **México: la elección en disputa. Retos para el nuevo gobierno de Felipe Calderón**

Mientras algunas naciones latinoamericanas podían enorgullecerse de haber tenido el mayor número de presidentes en funciones en un lapso temporal muy corto, México está viviendo, después de las elecciones del 2 de julio de 2006, la paradójica situación de disponer de dos presidentes al mismo tiempo: por un lado el oficialmente declarado “presidente electo” el día 5 de septiembre de 2006, Felipe Calderón Hinojosa; por el otro lado a Andrés Manuel López Obrador, quien se proclama “presidente legítimo” apoyado por una convención democrática en el Zócalo de la capital el día 16 de septiembre del mismo año. A su vez, el presidente en vísperas de terminar su sexenio, Vicente Fox, estará en funciones hasta el 30 de noviembre.

Desde el año 2000 lidera un gabinete “de cambio” en base al primer gobierno que no fue emanado por el PRI, después de una hegemonía de casi 71 años. Sin embargo, la crítica suscitada respecto al resultado electoral –con una diferencia de 0,56% entre el presidente electo y el presidente legítimo–, ha enfocado su crítica hacia el presidente Vicente Fox, a quien denuncia el líder opositor de “traidor a la democracia”. Aunque se pueda atribuir gran parte de la crítica al calor de la campaña electoral que fue prolongada en una campaña pos-electoral, llama mucho la atención que el presidente Fox se haya convertido en el blanco de las críticas de López Obrador. En esencia, lo anterior puede atribuirse al proceso del desafuero al cual fue sometido López Obrador cuan-

do ejercía la función de regente capitalino en el Distrito Federal. Su gestión, considerada como muy exitosa en cuanto al desarrollo urbano y a las prestaciones sociales, fue la base de su candidatura presidencial, la cual encontraba un fuerte rechazo tanto por integrantes del PAN como del PRI en el Congreso de la Unión. López Obrador, que acostumbra hablar de la coalición bipartidista del PRIAN, logró superar este intento de bloquear su candidatura por el cargo del presidente de la República y utilizar la intentona de desafuero en contra de sí mismo como base de su campaña electoral.

### **Andrés Manuel López Obrador, el camino del “indestructible”**

Haber revertido el desafuero se convirtió para el alcalde de la capital en demostración de su propia fuerza en base a la movilización de grandes masas de población a favor suyo. Su lema, el haberse convertido en “indestructible”, es expresión de este triunfo por haber vencido una coalición entre los dos partidos nacionales que habían hecho el intento de cerrarle el camino hacia la presidencia. Las mismas encuestas preelectorales reflejaban un nivel de apoyo popular que parecía garantizarle un camino despejado de adversarios importantes rumbo al palacio de Los Pinos. Con su campaña electoral, que enfocaba la unión con la población en todo el territorio, López Obrador estaba tomando en cuenta el déficit que había caracterizado la gestión de su partido, que no llegaba a cubrir políticamente todo el territorio nacional. El PRD se había convertido a pasos agigantados en una impresionante máquina electoral a la orden del candidato, que como nunca antes había logrado cubrir con su presencia las zanjas entre diferentes grupos y

corrientes que habían marcado la vida partidista de esta agrupación política. Con su crítica acérrima al gobierno de Vicente Fox, que incluso le llevó a tener que disculparse de manera un poco encubierta por una ofensa personal contra el presidente, López Obrador tenía en la mira la polarización social del país, los resultados poco convincentes de la política exterior y el saldo negativo que había mostrado el “gobierno de cambio” de Fox. En contraposición al programa de la “derecha”, de “los de siempre” y de “los ricos”, López Obrador enfatizó sus programas de ayuda social (p. ej. pensiones mínimas para jubilados) desarrollados durante su gestión como regente de la capital y pidió una mayor igualdad entre los diferentes estratos de la población.

A raíz de sus múltiples recorridos por todo el país se vino gestando un cierto nivel de competencia entre el candidato y el presidente, quien en muchas alocuciones advertía el populismo que estaba extendiéndose en el país, sin nombrar directamente a López Obrador. Al público, por momentos le parecía más bien una campaña en la cual se estaban enfrentando Vicente Fox y Andrés Manuel López Obrador y viceversa, como si no existiera el mandato constitucional de la no-reelección. Esta intervención del presidente en la campaña, con la presentación de los resultados de su gestión, iba a convertirse más tarde en elemento de impugnación del resultado electoral por parte del PRD, crítica que hasta en el Tribunal Electoral encontró su eco cuando éste dictaminó que el presidente había exagerado su participación en la campaña, pero que no resultara lo suficientemente grave como para poder implicar la anulación de la votación.

Sin embargo, López Obrador que en base a las encuestas iniciales estaba convencido de haber ganado las elecciones y

se sentía ya presidente seguro, descuidó el desarrollo en el sistema de partidos. Su alianza “Por el Bien de Todos”, conformada por el PRD, Convergencia y el Partido del Trabajo, no tomó nota en el momento adecuado de los cambios que sucedieron tanto a raíz de la definición del candidato panista como en la conformación de partidos pequeños que resultaron ser decisivos, ya que lograron concentrar una votación alta a favor suyo, que al final le iba a hacer falta al PRD en un resultado electoral tan estrecho. Así, la candidata del Partido Alternativo Socialdemócrata y Campesino (PASC) logró ganar en la elección presidencial un 2,7% de la votación, adhesión que se supo granjear especialmente como consecuencia de los debates televisados de los candidatos. En esta perspectiva tiene que llamar mucho la atención que López Obrador haya desistido de asistir al primer debate televisivo, dejándole a los demás la oportunidad de presentarse con sus propuestas y acusaciones.

Como consecuencia, el equipo de campaña de López Obrador tardó demasiado en reaccionar ante el descenso de su candidato en las encuestas, tratando en un primer momento de negar esta situación, en vez de reorientar su estrategia. Sin embargo, ya se habían dado algunos efectos importantes: por la debilidad del candidato priísta Roberto Madrazo, políticos de gran envergadura en el PRI cambiaron su afiliación, lo cual implicó una afluencia considerable de ex priístas al campo de López Obrador, aumentando este grupo en lo interno del PRD. El estilo tradicional de hacer política impregnó en gran parte la acción del candidato, especialmente en el triunfalismo prematuro, que a lo mejor contribuyó a esta situación de respuestas poco oportunas a las dinámicas que logró generar el candidato del PAN. Aparte se generaron en algunos lugares actitudes de rechazo por parte de la población a esta

“vieja clase política”, sin que el candidato hubiera tenido la oportunidad de distanciarse de estas personalidades.

### **El futuro presidente Felipe Calderón, un candidato inesperado**

En la precampaña del PAN todo apuntaba hacia el secretario de Gobernación Santiago Creel como candidato panista a la presidencia, pero las elecciones internas del partido hicieron ver rápidamente que a Creel le hizo mucho daño la imagen de una gran cercanía con el presidente Vicente Fox. Los miembros del PAN aspiraban a tener una personalidad más identificada con las tradiciones del partido y favorecieron claramente a Felipe Calderón, que se había mantenido marcadamente a distancia del gobierno de Fox y que apenas durante nueve meses formó parte de su equipo de gobierno como secretario de Energía. Por haber adelantado su precandidatura, Fox le había despedido de su cargo, lo cual puso a la vista de todos la ausencia de consenso entre los dos políticos. Sin embargo, este punto de partida resultó ser muy provechoso para Calderón, pudiéndose presentar al público con más autonomía frente a la gestión presidencial. Esta distancia prudente implicó en cierta manera, que los ataques de López Obrador se dirigieran directamente a la persona del presidente y no a su contrincante en la carrera presidencial, dejando a Calderón la oportunidad de presentar su propuesta propia como independiente de la gestión gubernamental.

Al mismo tiempo, Calderón asumió una estrategia electoral agresiva, acusando a López Obrador de ser un peligro para el país y tener contactos cercanos con el gobierno de Hugo Chávez en Venezuela. Esta intención de Calderón por internacionalizar la campaña convirtió de inmediato

las políticas internas venezolanas de Hugo Chávez en temas de la política mexicana, logrando generar inseguridad especialmente entre electores de clase media en México. A pesar de la intervención del IFE para frenarla, esta publicidad surtió un efecto considerable en el electorado de López Obrador y permitió una avanzada importante en la intención de voto a favor del candidato panista. La presencia mediática de Calderón fue ampliada por su participación en los debates televisivos, donde pudo aprovechar la ausencia de su contrincante del PRD para presentar su programa. Sin embargo, no supo dar una respuesta contundente a la denuncia de López Obrador de haber favorecido a sus familiares durante su gestión en la administración pública.

Calderón logró con su campaña apoyada en los medios comprometer a las Cámaras empresariales con su candidatura, las cuales expresaron con anuncios y desplegados en los últimos días antes de la elección su apoyo para con el proyecto del PAN, que como único de los tres grandes partidos no entró en alianzas con otras fuerzas políticas a fin de aumentar su peso político.

### **El fin de un ciclo histórico: el hundimiento electoral del PRI**

En la polarización poselectoral entre el PAN y el PRD casi se está perdiendo de vista la existencia del PRI como fiel de la balanza, especialmente en la búsqueda de acuerdos en el Congreso. Aunque ha descendido al tercer lugar en diputaciones y al segundo lugar en el número de senadores, el PRI se está convirtiendo en una fuerza política de central importancia para el nuevo presidente. Sin su apoyo le sería muy difícil lograr la aprobación de leyes que necesitará para avanzar en una canti-

dad de reformas que quedaron estancadas en el gobierno actual, sea la reforma eléctrica o la reforma fiscal y educativa. Este papel central para el PRI en el quehacer gubernamental contrasta con su situación interna después de la segunda campaña electoral fracasada con un candidato que no logró conectar con la gente. Roberto Madrazo se ha convertido con este resultado electoral en el remate de un ciclo histórico del desarrollo político del PRI que ha llevado al partido a una situación de refundación si no quiere correr el riesgo de su desaparición. La necesidad de una reforma interna de las estructuras del partido, terminando con el pasado de concebir el proceso interno como una simulación de democracia, es indispensable ante el descalabro electoral. Aunque el partido a nivel de las gobernaturas mantiene una presencia importante en el país, éstas a veces funcionan también como reductos de los sistemas anticuados de clientelismo y paternalismo. A pesar de haberse comprometido con la institucionalidad del país, el partido sigue siendo una fuerza política que engloba las tradiciones más ancestrales de políticas corporativas y de control social, las cuales con el fenómeno de tránsfugas políticas se está extendiendo tanto al PRD como al PAN. Para el sistema de partidos mexicano será decisivo que este partido logre recomponerse internamente y pueda renovar su proyecto político, para evitar una situación en la que, por la falta de modernidad del “fiel en la balanza”, se esté retrasando todavía más el desarrollo político del país.

### **1988-2006: una paralela a-histórica del fraude**

La elección presidencial del 2 de julio de 2006 en México ha suscitado un nivel de confrontación y polarización nunca

antes visto en este país. La movilización masiva de gente en la calle, los bloqueos y campamentos públicos, el llamado a desconocer al presidente electo, el rechazo abierto al orden institucional del país, etc. fueron las estrategias adoptadas por la coalición con su candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador. Hasta la fecha, gracias a la prudencia de los actores no se han registrado ni hechos violentos ni daños a personas. Sin embargo, la acusación de fraude en las elecciones contra el gobierno y el haber apoyado procesos de encubrimiento así como la activa participación para justificar el fraude contra el Instituto Federal Electoral y el Tribunal Electoral han llevado el clima político del país a un nivel de conflictividad muy alto. Así, la oposición, en la sesión del Congreso en la cual el presidente Fox iba a rendir su último Informe de Gobierno, logró bloquear el acceso del mandatario a la tribuna, lo cual le obligó a presentar su discurso en la cadena nacional de televisión. También las ceremonias de las fiestas patrias han estado marcadas por la polarización política, de manera que el tradicional “Grito” del presidente tuvo que ser trasladado a Dolores Hidalgo (Guanajuato) debido a la concentración de la oposición en el Zócalo capitalino. Sin embargo, con el pronunciamiento de López Obrador como “presidente legítimo” y su desconocimiento de Felipe Calderón denunciado “presidente espurio” por López Obrador se está viendo venir una confrontación en la ceremonia de entrega de la banda presidencial el día 1 de diciembre de 2006.

Aunque la oposición sigue reclamando con su lema “voto por voto, casilla por casilla” un recuento total de los votos emitidos, parece haber terminado el conflicto inmediato poselectoral. López Obrador sigue poniendo en duda la diferencia de 220.000 votos entre el ganador y el líder de la oposición, aduciendo ante el Tribu-

nal Electoral, entre otras razones, irregularidades en el conteo y una intromisión exagerada del presidente. Sin grandes titubeos se está invocando la experiencia del año 1988, cuando el candidato de Frente Democrático Nacional (antecesor del actual Partido de la Revolución Democrática, PRD) Cuauhtémoc Cárdenas denunció un fraude masivo cometido por la estructura del gobernante PRI en contra de su victoria electoral, proclamando –después de una falla técnica transmitida como “caída del sistema” en el computo de los votos– a Carlos Salinas de Gortari como nuevo presidente de México.

Sin embargo, este supuesto paralelismo histórico del “robo” de una elección con las controversias poselectorales del año en curso deja fuera de la perspectiva al desarrollo institucional y político ocurrido en el espacio de 18 años. Con ligereza ahistórica se está saltando tanto el avance de una institucionalidad independiente y autónoma como lo son el Instituto Federal Electoral (IFE) y el Tribunal Electoral del Poder Judicial (TEPJF) como el establecimiento de un sistema de partidos de carácter pluralista en México. Se han ido dando cambios profundos en la cultura política de un país que en 1988 se encontraba marcado por la presencia de un partido hegemónico que dejaba poco espacio a la expresión política libre. Hablar hoy en día de los mismos métodos de fraude político que en 1988 hace ver el desconocimiento profundo de las circunstancias en las cuales debían luchar aquellas fuerzas políticas que no se aliaban con la posición dominante.

### **Los retos de la presidencia de Felipe Calderón: consenso, gobernabilidad y reformas**

México amaneció después de las elecciones no solamente marcado por un alto

nivel de conflictividad interna, sino también con la novedad de que la polarización social regional se ha transformado también en una polarización política. Mientras que el norte del país votó por el PAN, el centro y sur del país se inclinó hacia el PRD, correspondiendo esta distribución del voto al relativamente alto nivel de desarrollo en las regiones norteañas y el retraso en el sur. Aunque este mensaje pueda parecerle más esquemático al nuevo presidente (ya que el PRI pudo mantener un decoroso segundo lugar en estados importantes), resulta claro que Felipe Calderón tendrá que lidiar con los “dos Méxicos” no solamente en términos políticos sino también sociales. Sus llamados a la unidad nacional a mediano plazo no serán suficientes, si no logra reducir el desequilibrio interno a través de una política sustancial de distribución de la renta y de oportunidades económicas. Sus promesas en cuanto al sistema de salud y un equitativo acceso a estos servicios serán vigiladas muy de cerca por la población. A raíz de la situación conflictiva interna tendrá que afrontar el reto de presentar resultados a corto plazo para poder mostrarle resultados a la población y calmar así la inquietud política. Aunque quede sin respuesta la pregunta sobre si López Obrador ha sido un fenómeno electoral que perderá en el futuro su arrastre social, el nuevo gobierno tendrá que partir de una situación continua de cuestionamiento de su legitimidad. La búsqueda de consensos y la apertura de la gestión gubernamental hacia la sociedad serán centrales desde esta óptica, en el afán de encontrar una base social más amplia de la que refleja el resultado electoral. La sensación de que el nuevo gobierno sería un gobierno débil podría poner en entredicho la gobernabilidad del país, no tanto desde los focos de conflictividad abierta existentes como en la frontera norte y en Oaxaca, sino tam-

bién en la tarea de consensuar estrategias de acción con los diferentes niveles de gobierno en México (gobernadores, municipios). Ante los niveles que ha alcanzado la inseguridad en el país con el crimen organizado y la presencia de la droga en los organismos de seguridad y persecución al delito será esencial que el nuevo presidente tenga tanto la capacidad para instrumentar las reformas necesarias como también el compromiso de adelantar una política de gobernabilidad democrática incluyente. La tarea no podría ser mayor, habrá que esperar si se tienen a mano los instrumentos oportunos.

*Günther Maihold, subdirector del Instituto Alemán para Política Internacional y Seguridad/SWP, Berlin-RFA. Correo electrónico: guenther.maihold@swp-berlin.org.*

**Enrique Collazo**

## **Hoy, como ayer. Repunte del capitalismo de Estado en Cuba**

La intervención del Estado en la economía y la sociedad cubanas se ha consagrado definitivamente como una regularidad histórica. Desde las primeras décadas del siglo XIX varios intelectuales y patriotas criollos, como José Antonio Saco y Domingo del Monte, valoraron seriamente la importancia de una esfera de gasto público dentro del presupuesto de los Estados modernos. Sin embargo, a partir de la constitución de la República en 1902 y hasta 1925, el joven y atribulado Estado cubano, acorde con la tendencia predominante en aquel momento, se rigió por un